

cretos del Concilio de Trento que acababan de ser publicados entonces. Aquellos príncipes no tuvieron que objetar nada á los decretos tridentinos relativos á la doctrina; pero no se atrevieron á decidirse respecto de los decretos de disciplina eclesiástica, porque temieron que arrojarían á los cabildos catedrales y al bajo clero en brazos de los protestantes. Solo el fanático cardenal-obispo Oton de Truchsess, que á su tiempo había protestado solemnemente contra la paz religiosa de Augsburgo, proclamó los decretos tridentinos en un sínodo que reunió en junio de 1567; y fuera de él proclamaron en sus respectivos dominios eclesiásticos estos decretos tridentinos sucesivamente Jacobo de Elz, arzobispo de Tréveris, Gerardo de Groesbeck y Marco Sittich, obispos respectivamente de Lieja y Constanza. Así, todavía á mediados del año 1567 escribió Canisio que las resoluciones de Trento se habían publicado en muy pocas iglesias alemanas, de lo cual se lamentaba diciendo: «A nuestros pastores les faltan confianza y valor, porque creen casi perdido el catolicismo en Alemania y no conocen sino muy pocos ó ningún príncipe con el cual puedan contar.»

En esta situación uno de los príncipes laicos mas poderosos se decidió á emprender seriamente en sus dominios la restauración del catolicismo. Este soberano fué el duque Alberto V de Baviera que había sucedido, en el año 1550, á su padre Guillermo IV, el protector celoso de los jesuitas. Los soberanos de Baviera eran casi los únicos príncipes laicos que durante todo el movimiento de reforma religiosa habían permanecido fieles á su religión antigua, haciendo al propio tiempo cuanto pudieron para conservar la adhesión de sus súbditos á la misma religión. Sus disposiciones prohibiendo estudiar en la universidad de Wittenberg, las que tomaron para fomentar la universidad de Ingolstadt, el establecimiento de la censura severa de libros, el durísimo castigo impuesto á los que se convertían á la nueva doctrina, habían tenido por consecuencia que entre todos los territorios alemanes el de Baviera continuara siendo el mas adicto al Papa, si bien también allí se fué extendiendo entre los laicos y el bajo clero el luteranismo. Desde 1550 los estamentos, en su mayor parte protestantes, la nobleza y las ciudades en las asambleas ó parlamentos de comarca, presentaron siempre nuevas exigencias religiosas, ya la comunión en ambas especies, ya la supresión del celibato del clero, una vez la supresión de los ayunos forzados, otra la libertad de predicar sermones protestantes.

Ya hemos dicho antes que el duque Alberto, aunque fiel á la doctrina antigua, no era fanático. Su carácter era moderado y conciliador, como el de sus colegas protestantes mas conspicuos. Sus inclinaciones eran mas mundanas; le interesaban las artes y las ciencias; le gustaban la ostentación, la opulencia y las diversiones sociales; pero su ostentación le atrajo compromisos pecuniarios y para acallarlos vióse obligado, el mismo año en que llamó á los jesuitas á Ingolstadt, á conceder á sus estamentos protestantes la comunión en ambas formas y el uso de la carne en los días de ayuno. El duque creía que los magnates protestantes se mostrarían agradecidos por esta concesión y que se encargarían de pagar las deudas de su soberano; pero ni aun con eso acalló la oposición de los estamentos. En aquel tiempo en muchas partes de Alemania estaban los nobles en oposición á su señor territorial por el cual se creían perjudicados en sus antiguos derechos y de consiguiente amenazados en su existencia de señores, habiéndose ya en época anterior previsto el peligro de una guerra de la nobleza. El levantamiento de Grumbach contra el obispo de Wurzburg hizo estallar esta situación violenta; porque la nobleza territorial bávara continuó en su oposición contra el duque, decidida á no acce-

der á lo que pedía hasta que hubiese dejado completamente libre la práctica de la confesión de Augsburgo.

En la asamblea provincial de Ingolstadt de 1563 se verificó la ruptura, porque las ciudades representadas en ella y dominadas ya por la influencia jesuita renunciaron á presentar nuevas exigencias religiosas; y hallándose los preladados del lado del soberano, la nobleza de oposición capitaneada por el conde Joaquin de Ortenburgo perdió la esperanza de conseguir su objeto, por cuya razón los nobles, irritados con su jefe, se retiraron de la asamblea y negociaron entre sí lo que convendría hacer, en cuya correspondencia no se trató muy bien al duque. El conde de Ortenburgo pasó decididamente á las obras y empezó á introducir en su condado el protestantismo, esforzándose por inducir á sus colegas á que le imitasen. Entonces el duque tomó una actitud enérgica, y antes de concluir el año 1563 ocupó con fuerza armada los castillos del conde, confiscó sus posesiones y expulsó del país á los clérigos protestantes llamados por éste.

Habiendo caído en manos del soberano las cartas de los colegas del conde, que les comprometían en alto grado, tuvieron que solicitar el perdón y prometer obediencia. La oposición de la nobleza bávara quedó sofocada para siempre, y con ella los restos del movimiento protestante en la Baviera. En la asamblea provincial inmediata se encargaron los estamentos de pagar las deudas del soberano sin decir una palabra de religión.

Desde entonces empezó á dominar la corriente anti-protestante y vigorosa. Por la influencia de los jesuitas y del canciller Dr. Simon Tadeo Eck, que era la cabeza de la tendencia católico-romana, se decidió el duque á entrar en la política ultramontana inexorable, de la cual la casa de Baviera no se apartó ya un ápice hasta la paz de Westfalia. Su objeto fué la extirpación completa del protestantismo y el dominio exclusivo del catolicismo en sus territorios. En esto, es decir, en el año 1564, llegó del Papa la socilitada concesión de la comunión en ambas formas; pero ya no hizo uso de ella el duque y solicitó de la Santa Sede su anulación.

Todos los funcionarios hubieron de jurar seguir la fé romana, y hecho esto se exigió lo mismo de todos los súbditos, y los que se negaron á jurar tuvieron que salir del país. Se enviaron jesuitas á recorrer todo el territorio bávaro para velar sobre la fiel ejecución de esta orden, lo que dió motivo á muchos actos brutales. Ciudadanos protestantes fueron expulsados en grandes masas de las ciudades, y turbas de campesinos fueron arrojadas de las haciendas, y otras encarceladas y catequizadas en la cárcel por los jesuitas; no se perdonó á las madres que criaban, y los funcionarios que mostraron alguna misericordia fueron destituidos. Los jesuitas establecieron un procedimiento enteramente inquisitorial y un sistema refinado de alejar toda influencia herética prohibiendo bajo las mas severas penas á los habitantes fronterizos visitar escuelas extranjeras; á los artesanos y gente de servicio no se les concedió permiso de buscar colocación fuera del país, sino dando garantía suficiente de su firmísima fé católica; y los que á pesar de esto salieron de la Baviera quedaron para siempre expulsados del país. En los lugares fronterizos de religión mixta eran vigilados los súbditos bávaros por agentes especiales que debían enviar las cédulas de confesión con informes periódicos á las autoridades respectivas.

Las consecuencias de tan violenta persecución se hallan consignadas en una exposición que el consejo municipal de Munich dirigió con fecha 14 diciembre de 1570 al duque, y en la cual se lee que los habitantes acomodados y grandes comerciantes abandonaron en gran número la capital, que decayó rápidamente por la gran disminución de sus contri-

buciones, y que solo braceros jornaleros y otra gente pobre solicitaban ser matriculados. Los artesanos se empobrecieron y se arruinaron, y no había ciudad donde la mendicidad fuese tan grande como en Munich. Muchas casas estaban en venta, pero no encontraban compradores, y otras eran vendidas en pública subasta por una mínima cantidad. Después de exponer todo esto, solicitaba el consejo municipal la concesión dada ya anteriormente de la comunión en ambas formas, á lo cual se negó rotundamente el duque diciendo: que la autoridad que había recibido de Dios exigía que empleara con rigor todos los medios conducentes á restablecer la antigua unidad religiosa y la fidelidad debida á la santa Iglesia católica; que la gloria de Dios jamás debía postergarse á consideraciones mundanas ó políticas; que los que no quisieran conformarse podían marcharse á otra parte; que la bendición de Dios no faltaría, y que el antiguo estado próspero se restablecería pronto.

También tomó el duque Alberto las disposiciones mas severas contra la literatura herética, en lo cual se mostraron los jesuitas instrumentos inapreciables. A despecho de todos los esfuerzos del duque anterior, se habían propagado por toda la Baviera los escritos reformistas y en las familias de las ciudades como en las chozas de los campesinos se leían estos escritos con afán; porque con la nueva doctrina se había propagado también el arte de la lectura. En 1561 la comisión de censura empezó, bajo la dirección de los jesuitas, su guerra sistemática contra la literatura protestante. Se prohibió á los libreros la venta y propagación de todos los libros, tratados, hojas sueltas y grabados contrarios á la religión católica y favorables á las sectas; y como los libreros excusaban sus frecuentes contravenciones con su ignorancia, se publicó una nueva orden según la cual no podrían vender impresos sino los libreros establecidos en la misma Baviera ó en otras ciudades completamente católicas como en Viena, Innsbruck, Roma, etc., bajo pena, en caso de contravención, de perder su concesión. En 1569 se publicaron una lista de libros prohibidos y otra de libros permitidos y propios para clero, ó bien para el pueblo; siendo estos últimos libros en general edificantes y religiosos. En el mismo año se dió un reglamento para la enseñanza, que ya estaba casi enteramente en manos de los jesuitas, en cuyo reglamento quedó reducido á lo mas insignificante el estudio de los autores clásicos de la antigüedad. De este estudio quedaron completamente desterrados Horacio y Virgilio, y sustituidos en la enseñanza por los escritos de Prudencio y de Jerónimo; las poesías de Ovidio fueron reemplazadas por obras de san Ambrosio, y las cartas de Ciceron y de Plinio por las epístolas de los padres de la Iglesia. Hasta fueron prohibidos libros tan inocentes como gramáticas, siempre que sus autores fueran protestantes. El mismo duque hizo revisar por los jesuitas su propia biblioteca, muy numerosa, para quitar de ella todas las obras sospechosas. Fué esta una guerra de destrucción contra toda la literatura clásica y anti-católica y contra todo alimento intelectual sano, robusto y propio para excitar el criterio individual. A esta obra se dedicó el duque Alberto, conocido antes por amigo de las ciencias y de las artes.

A fin de hacerla mas eficaz se empezaron á adoptar las disposiciones necesarias para quitar al pueblo la aptitud de leer, en lo cual se distinguieron también admirablemente los devotísimos padres de la Compañía de Jesús; pero en cambio se introdujeron en Baviera, antes que en ningún otro país alemán, las bellas artes como las entendía el ultramontanismo para servir también de modelo en este punto. En Munich se levantaron las primeras iglesias alemanas en el estilo llamado jesuita y en ellas resonaron los embriagadores acordes de

Orlando Lasso, el introductor en Alemania de la música de la Iglesia católica renovada.

La despoblación y el empobrecimiento del país y la limitación intelectual de sus habitantes fueron las tristes consecuencias de la política de restauración religiosa, para la cual se asociaron el soberano de Baviera y los jesuitas, consiguiendo con tales sacrificios que la Baviera llegara á ser el baluarte del catolicismo en Alemania. Munich fué el centro de la propaganda impresa y de la reacción católica. Los jesuitas ensalzaron la capital de Baviera como la Roma alemana y al duque Alberto como otro Josías y otro Teodosio; y á fé que este soberano se mostró infatigable protector, hasta donde llegaban su poder é influencia, de la gran causa de la cual se creía representante.

Cuando á la muerte del conde Ladislao, en 1567, la corona de Baviera adquirió el condado del Haya que atraviesa el río Inn, se dió prisa el duque bávaro á expulsar de aquel territorio á los protestantes y hacerlo católico. Llamó á su capital, para que le educaran allí los jesuitas, al joven marqués de Baden-Baden, de quien era tutor, y al propio tiempo envió al marquesado, para restaurar allí el catolicismo, al conde de Schwartzenberg y al jesuita Jorge Schorich, que ya se habían distinguido en la conversión de la Baja Baviera. Inútiles fueron las protestas de los habitantes luteranos: tuvieron que presenciar la expulsión de sus predicadores y la instalación de maestros católicos en sus escuelas, hasta que después fueron expulsados del país todos los protestantes, de suerte que al cabo de dos años, en 1571, quedó conquistado todo el marquesado de Baden para el catolicismo.

LOS OBISPADOS DEL NOROESTE DE ALEMANIA

Mucho valía la propaganda ultramontana que se hizo en Baviera por su soberano en sus dominios y en los puntos que estaban bajo su influencia, en los cuales estableció á la fuerza el dominio exclusivo de la religión católica; pero mas importante era todavía convertir á la religión católica á las dinastías que se habían pasado al protestantismo ó que estaban á punto de salir del gremio católico y dar el gobierno de los territorios eclesiásticos, donde iba haciendo progresos el protestantismo, á católicos de confianza y de valor que pudiesen atraer nuevos territorios á la Iglesia católica antigua. Hallándose las sillas episcopales del Mediodía de Alemania, incluso los arzobispados de Maguncia y Tréveris, en manos de católicos y de consiguiente bajo el dominio de la Iglesia romana, convenia fijar la vista en los principados eclesiásticos que, según la interpretación de los católicos, debían hallarse en manos de éstos. Los obispos, aun los de los pueblos católicos, no tuvieron ni poder ni valor para proceder enérgicamente contra los protestantes que se habían introducido en sus territorios. Preferían dejar este trabajo difícil á los jesuitas, á quienes llamaron para esta misión y á quienes protegían para que la cumplieran con la mayor eficacia, como la cumplieron, obteniendo triunfos tan sorprendentes como brillantes. Pero los obispados del Norte de Alemania, al Este del Weser, en 1560 y 1570, estaban casi enteramente convertidos al protestantismo; y no solamente los pueblos, sino hasta los cabildos de las catedrales eran del todo ó en su mayor parte partidarios de la nueva doctrina. El dominio territorial estaba en manos de príncipes protestantes, ya que éstos se hubiesen incorporado simplemente el territorio eclesiástico á sus dominios ó que hubiesen encargado la administración del obispado hecho protestante á un segundón de su casa. En los territorios eclesiásticos católicos, el protestantismo, por extendido que estuviere en algunos, tenía poca esperanza de llegar á predominar, mientras